busca un remey per eixos infelissos
que de sed y de fam cridan y ploran!

No t' entretinguis, no, ja ab llissons vellas
ab cosas que ningú, que ningú ignora,
que ha arribat lo moment de despertarse
per salvar aquest mon que ab dol s' enfonsa!
Tos tractats y consells que ab gust predicas
d' eixa moral católica,
si tu vols serán bons, apreciables,
necesaris tot volta,
pro tractats de moral n' hi ha tants ¡oh! mestre,
que 'ls teus ja hi son de sobras....!
Novas fórmulas faltan, nous exemples,
faltan ideas novas,
per resoldre un problema importantissim
que ha de dar fi á la fam que al mon assota.
Y eixos consells que á tu tan te cautivan
y qué tan be pregonas,
son tan, son tan inútils,
que res, per mes que 't dolgui, han de resoldrer.
Llensa donchs á un recó ta moral vana
com s' hi llensa lo vell, lo que fa nosa...
y abrassat ab la ciencia ¡oh! si ab la ciencia
que es la clau que ha de obrir totas las portas
la que 'ns ha de salvar d' eix mal que avansa,
ab sos estudis nous é ideas novas....!
Pensa per fi que si ab tos consells frívols
á convertir arrivas á eixos joves,
tan sols, tan sols aquestos,
serán los que aplaudeixin la teva obra.
Mes si estudiant, lograbas algun dia,
lo problema important, poguer resoldrer,
de ter felis á qui te dret de ser'ho...
llavoras ¡oh! llavoras...
la humanitat entera s' alsaria
donante de tot cor la enhorabona!

La miseria, fa temps, que per desgracia,
va extenense pel mon ab pas que assombra
¡Oh! tu, que vals y pensas;
tu que ab consells ensenyas á molts joves,
tu que saps y ho pots fer, un remey busca,
-pensa que 'l mon ho implora-
busca un remey per eixos infelisos
que de sed y de fam cridan y ploran!

J. C. MONTANÉ

Cuento fantástico.

—)(—

I.

¿Quién es el que puede decir que no ha tenido nunca miedo? ¿Quien puede vanagloriarse de no habérsele turbado su corazón, al oir en su niñez los extraños cuentos de fantasmas, las espeluznantes leyendas de brujas y aparecidos?

No creo que haya alguno que no se encuentre en dicho caso, y digo que no lo creo, puesto que desde nuestra infancia ya se procura infiltrarnos tales temores, gracias á esa falta de criterio, que bien puede asi llamarse, al vivo interés que ponen los que nos rodean en entretenernos con semejantes narraciones. Mas no se vaya á suponer que esto lo hagan con tal fin, no; la mayoría de las veces no es otro el objeto que el de tenernos más sumisos, más obedientes si cabe, é impedir de este modo las travesuras propias de aquella feliz edad, lo que consiguen facilmente con solo decirnos que los *papus* ó las brujas nos cogerán. Pero va creciendo uno y entonces es cuando, por el contrario, se tiene más empeño en mostrar valor y en hacer creer á los demás que no hay tal miedo, que no se dá ya crédito á lo que de niños nos causaba tan honda impresión. Más generalmente se engaña á si mismo, tal valor no existe, es simplemente un efecto de la vanidad, de ese prurito que tenemos de querer superar en todo á los demás.

Pruébalo sino el hecho siguiente que de pequeño me contaron y por el que tenia que haber empezado, dado el epígrafe que encabeza las presentes líneas.

Érase la víspera del día de Difuntos: anochecía ya cuando un grupo formado por algunos jóvenes discutía, frente á la entrada de una Iglesia, acerca de si aparecian ó no las ánimas de los difuntos en dicho día, y si se paseaban por los alrededores de los cementerios, como alguno sostenia.

El que más despreocupado parecía, burlábase de tales supersticiones, haciendo caer en ridiculo á los que mayor credulidad mostraban.

—¿A qué no te atreves, le objetó uno de es-

La Opinión Escolar, 7/8/1898, p. 3 / Col·lecció de premsa i butlletins / Arxiu Municipal de Granollers